

Nick y el Glimmung

Philip K. Dick



minotauro

PHILIP K. DICK

Nick y el Glimmung

minotauro

Título original: *Nick and the Glimmung*

Primera edición: octubre de 2017

© Estate of Philip K. Dick, 1988

© Traducción de Juan Pascual Martínez, 2017

© Ilustraciones de cubierta e interior, Phil Parks, 2009

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0481-4

Depósito legal: B. 22.353-2017

Fotocomposición: gama, sl

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Nick sabía exactamente el motivo por el que su familia quería marcharse de la Tierra e irse a otro planeta, a un mundo colonia, y asentarse allí. Tenía que ver con él y con su gato, *Horace*. Desde 1992, poseer un animal de cualquier tipo era ilegal. De hecho, *Horace* era ilegal, estuviese o no en posesión de alguien.

Nick era el propietario de *Horace* desde hacía dos meses, pero había logrado mantenerlo dentro del piso, fuera de la vista. Sin embargo, una mañana, *Horace* se escapó por una ventana abierta y se puso a corretear jugando por el patio trasero que todos los propietarios de los pisos compartían. Alguien, un vecino quizá, se fijó en *Horace* y llamó al agente antimascotas.

—Ya te dije lo que iba a pasar si *Horace* se escapaba alguna vez —le dijo su padre a Nick después de que entre los dos consiguieran atrapar al gato y llevarlo de vuelta a la seguridad del apartamento.

—Pero bueno, no pasa nada —respondió Nick—. Lo hemos encontrado.

Se había quedado sin aliento persiguiendo a *Horace*. El gato, en cambio, parecía tranquilo y respiraba sin ninguna difi-

cultad; se sentó en su lugar acostumbrado delante del calefactor de la sala de estar y empezó a lamerse el cuerpo.

—Sí, sí que pasa —le replicó su padre. Como siempre, estaba tenso y preocupado—. El agente antimascotas aparecerá en menos de cuarenta y ocho horas. No sólo nos hará pagar una multa, sino que también se llevará a *Horace*.

—¿La multa será muy grande, Pete? —le preguntó la madre de Nick.

—No me importa la multa —replicó el padre—. Lo que me preocupa es que se lleven a *Horace*. Eso es lo que me importa. No creo que deban llevarse la mascota de un niño, ni a ninguna otra mascota. Ya sé que hoy día la comida escasea. Sé por qué aprobaron las leyes contra las mascotas, pero un gato no come tanto.

—Es la ley —le recordó la madre—. Y la ley hay que cumplirla, estemos de acuerdo o no.

—Podemos irnos de la Tierra —declaró el padre—. Iremos a otro planeta donde sea legal tener mascotas. Y no sólo mascotas: podríamos criar ovejas y vacas y gallinas... lo que quisiéramos.

Una extraña sensación se apoderó de Nick al oír a su padre decir aquello, porque supo, por el tono de voz, que hablaba en serio. Su padre estaba pensando de verdad en la posibilidad de irse de la Tierra, como había hecho unas cuantas veces a lo largo de los dos años anteriores.

La Tierra estaba extremadamente superpoblada desde hacía bastante tiempo. Ya había demasiada población, y cada año eran más y más. Nadie vivía en casas ya: lo mismo que la posesión de mascotas, se había convertido en algo ilegal. La gente de San Francisco, y del resto de sitios, vivía en gigantescos edificios de apartamentos que se alzaban piso tras piso, y que incluso descendían bajo tierra, donde vivían las familias

con menos dinero. A medida que aumentó el número de personas, la comida fue escaseando, de ahí la aprobación de las leyes antimascotas y también el surgimiento del temido agente antimascotas. Nick había temido que llegase el día en el que el agente les hiciera una visita desde que había encontrado a *Horace*. Como solía decir su padre, tan sólo era cuestión de tiempo. Más tarde o más temprano, el agente antimascotas encontraba a todos los animales... Los encontraba y se los llevaba.

Nadie sabía lo que el agente antimascotas hacía con los animales después de llevárselos.

—Me llevaré a *Horace* muy lejos de aquí —propuso Nick—. Encontraré a alguien que se lo quede. Cuando llegue el agente antimascotas, *Horace* ya no estará.

—¿Es que no quieres irte de la Tierra? —le preguntó su padre—. ¿No quieres vivir en un mundo colonia, donde puedas tener todos los animales que quieras?

—No lo sé —contestó Nick.

Tenía un poco de miedo. Irse tan lejos de casa... a un lugar salvaje lleno de bosques y criaturas peculiares. Un nuevo mundo, una vida diferente, una vida muy dura, o eso decían todos.

Quizá se lo pueda preguntar a mi profesora, se dijo Nick. La señorita Juth podría decirme lo que debo hacer.

—No te obligaré a marcharte a otro planeta si no es algo que quieras hacer de verdad —le aseguró su padre—. Tiene que ser una cosa voluntaria. Tú, tu madre y yo, los tres, tenemos que estar de acuerdo. Debemos hablar de todos y cada uno de los detalles. Hay que pensar en que abandonarías la escuela, por ejemplo.

—Sería muy emocionante —dijo con nerviosismo la madre.

A la mañana siguiente, mientras iba a la escuela en el aerobús, Nick planeó lo que iba a decir.

Pensó que, puesto que el agente antimascotas ya conocía la existencia de *Horace*, podía hablar abiertamente de su animal en la clase. Ya no tendré que mantenerlo en secreto. ¿Qué diría la señorita Juth? Después de todo, tanto él como sus padres habían incumplido la ley. Sin embargo, tenía la sensación de que a la señorita Juth le gustaban los animales.

—Buenos días, niños —dijo la señorita Juth.

Bueno, quien los saludó fue su imagen en la gran pantalla de televisión que había en la parte delantera de la clase. La señorita Juth, como todos los profesores, tenía demasiadas clases que impartir, así que no podía aparecer en persona en ninguna de ellas. En vez de eso, hablaba con todos sus alumnos, en todas sus clases, a través de la pantalla de televisión. En la clase de Nick había sesenta y cinco alumnos, y la señorita Juth (según les había explicado) tenía que impartir clases a otras nueve aulas, con lo que, en total, la señorita Juth tenía unos seiscientos alumnos. Sin embargo, parecía capaz de reconocer a todos y cada uno de ellos, o al menos esa impresión tenía Nick. Cuando le hablaba desde la gran pantalla de televisión parecía mirarlo directamente a él, parecía verlo con la misma claridad con que lo oía. Nick solía tener la sensación de que la señorita Juth estaba en la clase de verdad.

Nick y los demás alumnos respondieron:

—Buenos días, señorita Juth.

—Hoy vamos a estudiar... —empezó a decir la señorita Juth, pero se interrumpió—. Veo que Nick Graham ha levantado la mano. Nick, el periodo de debate para tu clase no comienza hasta esta tarde. ¿No puedes esperar hasta entonces?

Nick se puso en pie para hablar.

—Tengo un problema difícil, señorita Juth. No puede esperar. Tengo que preguntárselo ahora mismo.

—¿Crees que les resultará de interés al resto de las clases?
—quiso saber la señorita Juth—. Si es así, te activaré para que te vean y te oigan en todas ellas.

Nick inspiró profundamente antes de contestar.

—Se trata de mi gato.

—Dios bendito, Nick —dijo la señorita Juth tras recuperarse del asombro. Luego se dirigió a todas sus clases—: ¿Cuántos sabíais que Nicholas Graham tenía un gato?

Las luces del «sí» y del «no» se encendieron. De todas las clases, sólo Donald Hedge, el mejor amigo de Nick, pulsó el «sí». El recuento dio seiscientos dos noes, un sí y once indecisos.

—Pero Nick, el agente antimascotas va a encontrar a tu gata y se la va a llevar, ¿no es así? —dijo la señorita Juth.

—Es un gato, y el agente antimascotas no tardará en llegar. Por eso necesito hablar con usted ahora mismo.

La señorita Juth se dirigió al resto de las clases.

—¿Cuántos de vosotros creéis que el agente antimascotas debería llevarse al gato de Nick? A ver qué habéis votado...

—En esa ocasión, aparecieron doscientos sesenta y cinco noes y trescientos setenta y cuatro síes—. Nick, la mayoría de los estudiantes creen que deberías entregar a tu gato y cumplir la ley, lo que incluye, según creo, pagar una multa.

—Mi padre cree que deberíamos emigrar a otro planeta —respondió Nick de sopetón—. Donde podamos quedarnos con *Horace*.

—Qué idea más interesante —respondió la señorita Juth—. Muy original, y debo decir que muy valiente. ¿Y bien, niños? ¿Qué os parece? Vamos a votar si Nick y su familia deberían o no emigrar a otro planeta.

Alguien levantó la mano en la clase de Nick. Era Sally Sedge.

—¿Qué quiere decir «emigrar», señorita Juth? —preguntó.

—Nick, ¿puedes explicarle a Sally lo que significa «emigrar»? —le pidió la señorita Juth.

—Significa irse a vivir a otro sitio —le contestó Nick—. No visitarlo sin más, sino quedarse allí.

—Ah, vale. Es interesante saberlo —dijo Sally Sedge.

—Bueno, vamos a votar si el padre de Nick tiene razón en su decisión de emigrar de la Tierra —declaró la señorita Juth.

Los votos fueron ciento ochenta y nueve noes y cuatrocientos treinta y ocho síes, además de un puñado de indecisos.

—Los niños están de acuerdo con la decisión de tu padre —le comunicó la señorita Juth—. Sin embargo, yo también debo votar, y ya sabéis que mi voto es decisivo. —Pulsó un botón de su escritorio y todas las luces del «sí» se apagaron. Al votar «no», la señorita Juth los había eliminado. A continuación, se explicó—: Nick, estoy en contra de que emigres porque en los mundos colonia no hay escuelas adecuadas. Tu formación se interrumpiría y nunca llegarías a conseguir un trabajo.

—Pero no quiero separarme de *Horace*.

Una mano se levantó al otro lado del pasillo de Nick. Era su amigo, Donald Hedge.

—A lo mejor Nick podría ser médico de animales —dijo cuando la señorita Juth lo señaló.

—Pero como ya no hay animales en la Tierra, no necesitamos médicos para ellos —le recordó la señorita Juth.

Donald Hedge insistió.

—Podría ser médico de animales en el planeta colonia al que emigre.

—No sé, no sé... —respondió la señorita Juth dubitativa mientras meneaba la cabeza—. Quizá estés haciendo lo que hay que hacer, Nick. A lo mejor estoy equivocada. Pero es que no creo que el gato sea lo bastante importante como para que tú y tu familia cambiéis por completo de vida, como para llegar, de he-

cho, a abandonar la Tierra. Tu padre, por ejemplo, tendrá que dejar su trabajo. ¿Has pensado en eso?

Nick ya tenía preparada la respuesta.

—Mi padre no está contento con su trabajo. Tiene la sensación de que no está consiguiendo nada. Lo único que hace es...

—Lo siento, pero debemos centrarnos en nuestro primer tema del día —lo interrumpió la señorita Juth—. Un tema que es vital: «¿Cómo abrirse camino para entrar en el aerobús?». Eso es lo que debemos preguntarnos. Subirse a un aerobús público es difícil, incluso para los adultos, ya que hoy en día hay muchas personas que quieren subir a un mismo aerobús en el mismo momento. Pulsad el botón A de vuestro escritorio y aparecerá el material escrito sobre este tema. Mientras tanto, en la pantalla veréis qué puede salir mal a la hora de subirse a un aerobús. A vosotros podría pasaros lo mismo que le está pasando al hombre que aparece en este momento.

Donald Hedge se inclinó hacia Nick para hablarle en susurros:

—Creo que es de lo más justo para tu gato. Quiero decir lo de emigrar. Y mira cuánta gente ha votado que sí. La mayoría de los niños están de acuerdo.

Un robot monitor situado en una de las esquinas de la clase les advirtió con una voz fuerte y metálica:

—Prohibido hablar.

—Y no tendrías que venir a la escuela. Al menos no a esta clase de escuela, donde sólo ves a la profesora en una pantalla de televisión, donde no la ves ni hablas con ella de verdad. Y nos ha dicho que tiene otras nueve clases —dijo Donald para acabar.

—Me gusta la escuela —respondió Nick—. Y siempre he tenido la sensación de que la señorita Juth de verdad me ve y me habla directamente a mí.

—Eso es una ilusión —le replicó Donald con un tono de voz que mostraba que lo sabía todo, o que pensaba que lo sabía todo.

—Llamaré a la policía a menos que cese la charla —los amenazó el robot monitor.

Nick sabía que era una grabación que salía de los circuitos del robot. En realidad, nunca llamaba a la policía. No lo había hecho jamás a lo largo de todos los años que había pasado en la misma clase con él.

¿De verdad quiero irme a otro planeta?, se preguntó Nick mientras pulsaba el botón A de su escritorio. ¿Merece la pena, sólo por conservar a *Horace*?

Una buena pregunta. Una pregunta que, en ese momento, no era capaz de contestar.